

## ESTRUCTURA Y COYUNTURA: LAS "MEDIACIONES"

Emilio de Ipola

Treramos aproximarnos en estas notas al examen de uno de los llamados problemas crónicos de la teoría marxista y, más generalmente, de las disciplinas sociales y humanas. Su planteamiento es, en principio, sencillo; se le podría incluso enunciar en términos casi escolares, con los dos textos siguientes como ejemplo.

1) "El valor de las mercancías está en razón inversa a la fuerza productiva del trabajo... Por el contrario, el plusvalor relativo está en razón directa a la fuerza productiva del trabajo". (Marx, 1, II: 387).

2) "El segundo periodo, desde el 4 de mayo de 1848 hasta fines de mayo de 1849, es el periodo de la constitución, de la fundación de la República burguesa. Inmediatamente después de la jornada de febrero no sólo se vio sorprendida la oposición dinástica por los republicanos, y éstos por los socialistas, sino toda Francia por París. La Asamblea Nacional, que se reunió el 4 de mayo de 1848, salida de las elecciones nacionales, representaba a la Nación. Era una protesta viviente contra las pretensiones de las jornadas de febrero y había de reducir al rasero burgués los resultados de la revolución" (Marx, 2;104).

En las interlíneas que separan un párrafo del otro podemos situar "gráficamente" lo esencial de la dificultad, a saber: ¿cómo pensar en un pasaje racional entre el tipo de análisis que ilustra el primer texto y el tipo de análisis que ilustra el segundo? Ese problema tiene un nombre controvertido (las "mediaciones"), una larga y no menos controvertida historia y ninguna solución aceptada. Como indicamos al comienzo, no se trata de un problema exclusivo del marxismo. Desde ángulos por cierto diferentes, ha sido abordado por antropólogos y por historiadores, por científicos políticos y por sociólogos, siendo reconocido como tal por todos ellos más allá de sus respectivas opciones teóricas.

Creemos sin embargo que es en el marxismo — en su historia teórica y política — que el terco desafío de ese problema se ha tomado más acuciante. Más urgente también: para el marxismo, la forma teórica de la dificultad fue siempre indisoluble de la necesidad política de responder a ella *en y para* el presente. Y aunque esta vocación práctico-política no ha sido tampoco privativa del pensamiento marxista (la comparte con la gran mayoría de las ciencias sociales), queda en pie el hecho de que en ninguna otra teoría posee la centralidad que el marxismo le acuerda.

Problema de las "mediaciones", dijimos antes; pero también y sobre todo, para el marxismo de ayer y para *nuestro* marxismo de hoy, problema de la difícil inteligibilidad del "momento actual", de la precaria idoneidad de algunos de los más arraigados conceptos y tesis marxistas para dar cuenta de las situaciones concretas, para

Este texto del máximo representante de la escuela estructuralista puede ser ventajosamente relacionado con otros del mismo autor; aquel, por ejemplo, de *El pensamiento salvaje*, donde afirma que "la ciencia, por entero, se ha construido apoyándose en la distinción de lo contingente y de lo necesario, que es también la del acontecimiento y de la estructura" (Lévi-Strauss, 2:42); en fin, aquel otro de *Lo crudo y lo cocido*, en el que sostiene que "a pesar de los esfuerzos tan meritorios como indispensables para lograr acceder a otra condición, una historia lúcida habrá de confesar que nunca podrá del todo dejar de tener un carácter mítico" (Lévi-Strauss, 3:21).<sup>4</sup>

Limitémonos a estas citas que, por lo demás, nos suministran los ejes principales del *approach* estructuralista al problema. Fácil es reconocer en ellas la incidencia de la lingüística saussureana. La oposición entre el orden de la estructura y el orden del acontecimiento (o del proceso, entendido como sucesión de acontecimientos) reproduce, generalizándola, la clásica distinción de Saussure entre la Lengua y el Habla. Pero eso no es todo: en efecto, tanto en Saussure como en Lévi-Strauss esa distinción, lejos de poseer un mero alcance demarcatorio, prepara el camino para una opción epistemológica decisiva: a saber, la exclusión del acontecimiento del dominio de lo cognoscible. En el caso de Saussure dicha opción es explicada en términos inequívocos e incluso tajantes: la Lengua, y sólo la Lengua, es el objeto legítimo de la ciencia del Lenguaje; una lingüística del Habla, o sea una ciencia del acontecimiento lingüístico es, por razones no empíricas sino de principio, una empresa imposible.<sup>5</sup>

Sin duda Lévi-Strauss es más cuidadoso y matizado pero, al cabo de algunos rodeos, llega a las mismas conclusiones que Saussure.

En efecto, comienza afirmando que el análisis estructural y el histórico son mutuamente excluyentes, pero también complementarios; ocurre simplemente que un enfoque como el suyo, por entero volcado sobre las estructuras, está por fuerza obligado a desterrar de su horizonte teórico toda preocupación referida a los acontecimientos (objetos legítimos de la Historia). Ello obedece a una razón muy simple: la historia de una sociedad determinada es una sucesión compleja de acontecimientos concretos, singulares e irrepetibles; por el contrario, sus estructuras (v.gr., su sistema de parentesco, su régimen económico, su lenguaje, sus mitos, etc.) son a la vez más abstractas y más generales. Pueblos sin contacto geográfico, cultural ni histórico alguno manifiestan, a la luz del análisis, estructuras similares (o incluibles, como variantes, en un modelo único): inútil e improcedente sería buscar en la historia, por principio individualizada, de esas sociedades, la razón última de tales afinidades estructurales.

Así pues, la interrogación sobre las estructuras impone la puesta entre paréntesis de lo "événementiel". A su vez la historia, precisamente en la medida en que se preocupa por la singularidad y la irreductibilidad de cada proceso histórico concreto, en la medida --digamos-- en que se propone el conocimiento de lo individual, tiende a relegar a las estructuras fuera del campo de sus intereses. Parecería pues que, para

<sup>4</sup> Para un panorama más detallado de las complejas relaciones que la epistemología estructuralista plantea entre Etnología e Historia, el lector puede consultar nuestro artículo "Etnología e historia en la epistemología estructuralista" (Castells, de Ipola: 87-130). La continuación del presente trabajo torna casi superflua la recomendación de que el mencionado artículo sea leído con espíritu crítico.

<sup>5</sup> Sobre este punto, véase Saussure 51, 53 y 57-58.

Lévi-Strauss, el carácter recíprocamente excluyente del enfoque estructural y del histórico no prejuzga sobre la validez o invalidez de cada uno de ellos; justamente por ser "complementarias", ambas perspectivas serían legítimas.

Creemos sin embargo que esta solución conciliatoria no corresponde al núcleo profundo de la ideología estructuralista. En efecto, para esta ideología ambas perspectivas (la estructural y la histórica) no se sitúan en el mismo terreno epistemológico. De hecho, sólo el análisis estructural puede, sin contradicciones ni obstáculos de principio, asumir consecuentemente su vocación científica. Puesto que, al eliminar el acontecimiento del campo de sus preocupaciones, evita que en sus análisis interfiera lo contingente, dominio en el cual, por el contrario, la historia construye sus objetos. Ahora bien, *ex hypothesis*, lo contingente es aquello que no puede ser aprehendido por la ciencia: es, por definición, lo indeterminado e imprevisible, lo que inevitablemente se sustrae a toda legalidad y a toda necesidad. En tal sentido, la epistemología estructuralista actúa estrictamente conforme a los dos postulados aristotélicos, según los cuales "de lo indeterminado, indeterminada también es la regla" y "no puede haber ciencia más que de lo general" (Sebag, 1:258).

De allí que sólo sea clarividente aquella historiografía que sepa hacerse cargo de su inevitable inherencia mítica, es decir, no científica.<sup>6</sup> Se comprende así que, dentro de los marcos de la razón estructuralista, el problema de las relaciones entre estructura y coyuntura sea por completo improcedente; y también que, a pesar de las repetidas protestas de Lévi-Strauss al respecto, haya fundadas razones para afirmar que, efectivamente, el estructuralismo se constituye como método y teoría sobre la base de descalificar a la historia como forma de conocimiento.

Por nuestra parte, antes que pronunciarnos sobre la coherencia o falta de coherencia de este planteamiento, nos preguntaremos si da cuenta adecuadamente de la práctica, del ejercicio mismo del análisis estructural. Y, asimismo, antes de discutir la tesis que inscribe al hecho histórico en el dominio de lo contingente, nos preguntaremos si acaso el método estructural mismo logra efectivamente situarse fuera de ese dominio. En lo que sigue intentaremos responder conjuntamente a esas preguntas que están, por lo demás, estrechamente relacionadas. Digamos desde ahora que nuestra respuesta a ellas será, en ambos casos, negativa.

A decir verdad, no tenemos que ir demasiado lejos para hallar los argumentos que abonan dicha respuesta negativa: los proporciona el propio Lévi-Strauss. En efecto, incluso en aquellos escritos (por ejemplo, el último capítulo de *El Pensamiento Salvaje*) más abiertamente polémicos respecto de las pretensiones de los historiadores y filósofos de la historia, Lévi-Strauss insiste en afirmar que la historia constituye un tipo de análisis "complementario" de la antropología estructural. ¿Por qué esa insistencia en acordar a la investigación histórica derechos que la epistemología es-

<sup>6</sup> Nos parece necesario recalcar este punto. En efecto, a pesar de los repetidos elogios que Lévi-Strauss dirige al pensamiento mítico, no deja por ello de postular una diferencia sustancial e irreductible entre este último y la ciencia. Según este autor, el *bricolage* mítico trabaja con "signos" mientras que la ciencia lo hace con "conceptos". Ahora bien, mientras que los primeros tienden necesariamente a producir "efectos de cierre" con respecto a los objetos a que apuntan, los segundos, por el contrario, funcionan como operadores que realizan "la apertura del conjunto con el que se trabaja" (Lévi-Strauss, 2:40). En otras palabras, los mitos son, en última instancia, variantes múltiples, pero limitadas, de un mismo mensaje; la ciencia, en cambio, espera siempre poder arrancar a la realidad mensajes inéditos.

tructuralista no avala? Por una razón muy simple: pese a estar "totalmente orientada hacia las estructuras, la investigación etnológica, para ser viable, comienza por inclinarse ante el poder y la inanidad del acontecimiento" (Lévi-Strauss, 4:408). Ahora bien, "inclinarse" no significa solamente reconocer que toda estructura socialmente instituida es el producto de procesos históricos, es decir, de "acontecimientos": significa también que para acceder al conocimiento de estas estructuras (para construir los "modelos") es indispensable una información minuciosa acerca de los "hechos concretos", esto es, de las prácticas, de los comportamientos, de las instituciones y, también, del presente y el pasado de la sociedad analizada.

¿De dónde proviene esta información? En primer lugar, naturalmente, de la encuesta etnográfica, pero también de la investigación histórica. Es nuevamente el propio Lévi-Strauss quien destaca el papel similar que cumplen, respecto del análisis estructural, la etnografía y la historia; así, por ejemplo, en la *Leçon Inaugurale* señala que la colaboración entre la antropología y la historia es indispensable, en tanto el dominio del historiador, como el del etnógrafo, es lo particular. (Lévi-Strauss, 1:12). Asimismo, es a nuestro parecer en ese sentido como debe entenderse la afirmación que figura en *El Pensamiento Salvaje*, según la cual la historia es un método "indispensable para inventariar la integridad de los elementos de una estructura cualquiera, humana o no humana" (Lévi-Strauss, 2:380). Dicho de otro modo, la investigación histórica cumplirá un papel legítimo, e incluso necesario, siempre que se limite a la tarea (que comparte con la etnografía) de proporcionar los datos empíricos que el análisis estructural necesita para la elaboración de sus modelos.

Una vez llegados a este punto, ¿cómo conciliar esta visible contradicción entre la epistemología estructuralista, cuya lógica lleva a excluir a la historia del dominio de la ciencia, y la práctica de la antropología estructural, que le acuerda en cambio un rol "de primera importancia" y reconoce su deuda con ella? En nuestra opinión, la respuesta implícita que da el estructuralismo a esta pregunta es la siguiente: la "colaboración" entre la historia y el análisis estructural es posible y legítima, siempre que evite la menor connivencia teórica del segundo con respecto a la primera. En otras palabras, el análisis estructural puede y debe utilizar la información histórica, a condición de no comprometerse con ninguna teoría de la historia.

Ahora bien, esta respuesta es manifiestamente muy frágil: ella postula, en efecto, dentro de la más venerable tradición empirista, una separación insostenible entre dato y teoría, separación en virtud de la cual la "objetividad" puramente empírica del primero se prolongaría en la "objetividad" conceptual de la segunda. Ella supone, asimismo, como consecuencia, que las operaciones metodológicas de registro de los datos pueden no estar teóricamente informadas y, a la inversa, que la teoría puede elaborarse sobre la base de datos preconstruidos con independencia de ella. Premisas ambas tanto más cuestionables cuanto que el propio Lévi-Strauss, justamente a propósito de la construcción del hecho histórico, dedicó densas páginas a refutarlas.<sup>7</sup>

Se trata pues de una respuesta contradictoria, de la cual sin embargo interesa rescatar su valor sintomático. Al respecto diremos que la empresa lévi-straussiana, sin perjuicio de sus valiosas contribuciones, se presenta, al nivel teórico e incluso filosó-

<sup>7</sup> Véase, sobre este punto, el último capítulo de *El pensamiento salvaje*. En particular, Lévi-Strauss, 2:372 y ss.

fico, como un gigantesco y fallido esfuerzo por esquivar el principal problema que le plantea permanentemente su propia práctica, a saber: ¿cómo incorporar, en una búsqueda dirigida exclusivamente hacia las estructuras, aquello (los acontecimientos, los procesos, las coyunturas) que no se deja "estructuralizar"?

En ese sentido, podría decirse que la epistemología estructuralista es la forma discursiva que asume el olvido de ese problema. Sólo que, nos gusta o no, el olvido no es nunca materia de decisión.

## II. LA PROPUESTA DEL MARXISMO ALTHUSSERIANO

A pesar de haber estado nítidamente marcada por la conceptualidad estructuralista, la tentativa de la escuela althusseriana se esforzó siempre por tomar distancias críticas con respecto a aquella en lo referente al problema que estamos examinando. Tanto los escritos "clásicos" de Althusser —en particular, su artículo *Contradicción y Sobre-determinación*— cuanto los de sus discípulos más cercanos han hecho reiteradamente hincapié sobre la centralidad del análisis de coyuntura en la problemática del materialismo histórico. La distancia entre la teoría estructural del modo de producción y el análisis coyuntural de una formación social en un momento determinado de su existencia histórica fue encarada, de manera explícita, como problema a explorar y resolver. Asimismo, la conceptualización de los acontecimientos históricos mereció especial atención en los análisis de *La Revolución Teórica de Marx y Para leer El Capital*.

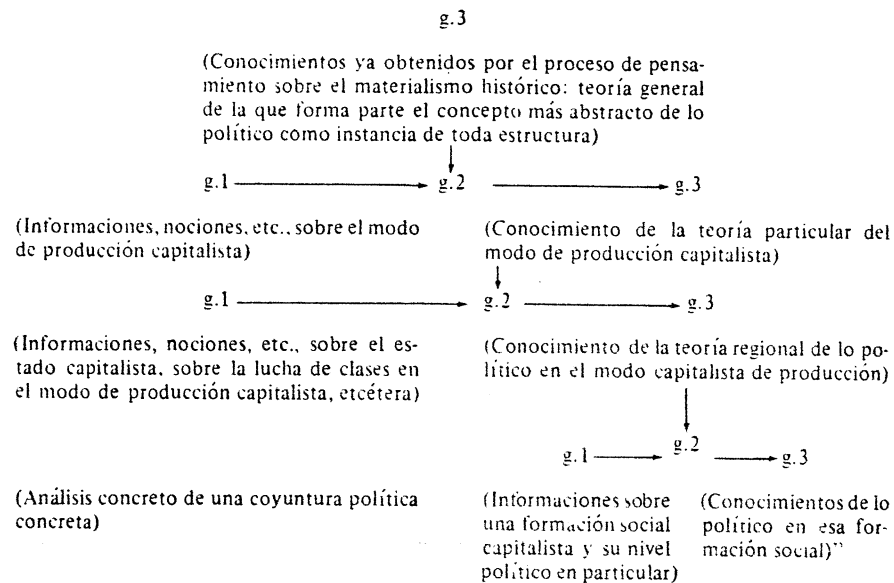
Correspondió sin embargo a Nicos Poulantzas la tarea de elaborar, en *Poder Político y Clases Sociales*, un primer ensayo de respuesta sistemática, dentro de la línea althusseriana, al mencionado problema. Respuesta cuyo examen crítico nos interesa, no como una evaluación del aporte de Poulantzas (quien en trabajos posteriores tomó distancias respecto de *Poder Político*...) sino por su carácter al mismo tiempo instructivo y ejemplar. En realidad nadie como Poulantzas desarrolló con mayor aplicación y coherencia las propuestas del althusserismo en lo referente al problema en cuestión.

En las páginas iniciales del citado libro, Poulantzas presenta un esquema que creemos conveniente transcribir, puesto que en él se detecta con claridad la forma (si no la sustancia) de la estrategia teórica asumida por el autor:

Se trata, como es fácil advertirlo, de una reformulación más compleja ("estratificada") del conocido esquema althusseriano de las tres generalidades.<sup>8</sup> El pivote del modelo que presenta Poulantzas no es otro que el engarce de los niveles más abstractos con los más concretos a través de la transformación de las Generalidades 3 de nivel superior en Generalidades 2 de nivel inferior. En términos más simples, el pasaje de lo abstracto a lo concreto se opera por medio de la conversión de los conocimientos-productos en conocimientos-medios de trabajo a medida que se "desciende" de lo general a lo particular.

<sup>8</sup> Cf. Althusser, 1: 151-159.

“Sea nuestro objeto la teoría de lo político en el modo de producción capitalista.



(Poulantzas: 10)

Ahora bien, este esquema es, por una parte, el resultado (y la síntesis) de un conjunto de decisiones teóricas previas. Por otra parte, tales decisiones acarrearán consecuencias de primera importancia en lo que hace a la construcción analítica del objeto “coyuntura”. Desarrollemos ambos puntos.

En cuanto a las *decisiones*:

1) La primera de ellas consiste en postular la existencia real de “instancias” o “niveles” sociales de naturaleza diferente (esto es, con propiedades y efectos distintos y determinables) y en darse *a priori* una lista en principio invariable de tales niveles. En el caso de Poulantzas, esa lista incluye las instancias económica, política, ideológica y teórica, caracterizadas como “lugares formales asignados a toda estructura social posible”. (Poulantzas: 8).<sup>9</sup> Dicho de otro modo, la decisión inicial consiste en concebir a lo social en general bajo la figura de una tópica invariable.

<sup>9</sup> Poulantzas subdivide además a las “instancias” en dos dominios diferentes: el de las “estructuras” y el de las “relaciones sociales” (o de las prácticas). El segundo, donde se sitúan los conceptos de clase y lucha de clases, es caracterizado como un efecto del primero. Naturalmente, también las coyunturas, en la medida en que remiten a las relaciones de dominación-subordinación entre fuerzas sociales en un momento histórico determinado, deben ser ubicadas en el dominio de las “prácticas”. En lo que sigue hemos de dar por sentada esta distinción, pese a no referirnos explícitamente a ella.

2) En segundo lugar, una vez, y sólo una vez, la tópica definida habrá de plantearse la cuestión de la relación entre las instancias y, por lo mismo, del tipo de unidad que define a la tópica como un todo social. Se dirá entonces que, dada la tópica, la relación entre las instancias asume la forma, igualmente invariable, de una “combinación articulada a dominante”. Los conceptos formales de “determinación en última instancia” y de “dominación” permitirían dar cuenta de la ley general que gobierna a dicha combinación articulada: el nivel determinante en última instancia (la economía) fija el grado de eficacia relativa (dominante o subordinada) de los otros niveles que componen el todo. Se trata, evidentemente, de una de las versiones de la “causalidad estructural” althusseriana.<sup>10</sup>

3) Pese a que el pasaje de lo abstracto a lo concreto es así mismo un tránsito de lo más simple a lo más complejo, la ley general enunciada en (2) es válida para todos los niveles de análisis. Así, por ejemplo, en el objeto abstracto-formal “modo de producción feudal”, la economía (determinante en última instancia) funciona de manera tal que, en la articulación que define a ese modo de producción, corresponde a la política el papel dominante; asimismo, dada una determinada formación social (concebida como combinación de modos de producción) el modo de producción en ella dominante fija el papel y la eficacia relativa de los otros modos de producción que la componen.

En cuanto a las *consecuencias*:

1) Aunque el objeto concreto “coyuntura” es harto más complejo que, por ejemplo, el objeto abstracto “modo de producción”, la morfología de ambos objetos es esencialmente la misma. Es cierto que Poulantzas da primacía, en el plano coyuntural, a la política, en tanto esta última es definida como el “lugar” donde se condensan los diferentes aspectos (económico, ideológico y específicamente político) del campo global de las relaciones sociales. Pero esta sobredeterminación de la política no anula la diferenciación de los niveles “relativamente autónomos” de la lucha de clases. Dicho en términos más simples, también una coyuntura es una “combinación articulada a dominante”—para el caso, de prácticas de clase. La forma del objeto concreto reproduce, pues, la del objeto abstracto.

2) Entre el dominio de las estructuras y el de la coyuntura la relación es de causa a efecto. Citemos a Poulantzas:

“[...] La coyuntura aparece como los efectos de las estructuras sobre el campo de las prácticas *concentradas*, en su unidad, en el campo de la lucha política de clases” (Poulantzas: 113).

Ahora bien, ¿cuál es, por así decir, el “modus operandi” del orden estructurante sobre el orden estructurado? ¿cómo se manifiesta la eficacia causal del primero? Entra aquí en juego el concepto de “límites”: las estructuras son causas en la medida en que

<sup>10</sup> Véase al respecto las indicaciones de Balibar en Althusser, 2: 237-245.

"Estructura-acontecimiento"; "modo de producción-coyuntura": si se nos concede un mínimo de simplificación, diríamos que la *mise-en-scène* de esas dos parejas de opuestos constituye la base fundamental de las opciones teóricas respectivas del estructuralismo y del marxismo althusseriano. Recortan, si se quiere, el marco en el interior del cual se definirán los problemas legítimos y se excluirán los ilegítimos. En esa medida, la barra (!) que separa el polo "estructura" del polo "acontecimiento" tiene un significado diferente del de la barra que separa el polo "modo de producción" del polo "coyuntura". En efecto, para el estructuralismo, *no hay común medida* entre ambos polos; lo que los "separa" no puede pensarse bajo la figura de una distancia a salvar o de un camino a recorrer, puesto que ambas nociones ("distancia", "camino") conllevan presuposiciones inaceptables para el análisis estructural. La única relación concebible entre uno y otro es puramente negativa: *la exclusión*.

Como hemos visto, para el marxismo de inspiración althusseriana el "dilema" planteado por el estructuralismo no es tal: si los conceptos de modo de producción y de coyuntura designan objetos de naturaleza y propiedades diferentes, ello no es óbice para pensar o, si cabe, construir, vínculos racionales entre ellos. Lo que significa que, aunque exteriores el uno al otro, ambos objetos se sitúan dentro del mismo espacio teórico.

Creemos necesario detenernos en este último punto. Allí residen, en nuestra opinión, las claves de las insuficiencias del planteamiento y la solución althusseriana con respecto al problema que nos ocupa. En realidad, de un modo que el estructuralismo, Althusser y Poulantzas tienen de concebir lo estructural y lo coyuntural como dominios en principio exteriores el uno al otro; pero, a diferencia del estructuralismo, se esfuerzan por reducir, en un segundo momento, esa exterioridad inscribiendo a ambos dominios en el seno de una topología común.

Se trata, sin embargo, de una extraña topología, en la cual un polo deshistorizado (las estructuras) absorbe y finalmente anula, la historicidad del otro (las coyunturas). Sin duda, esta última afirmación habrá de parecer injusta a muchos: se nos recordará que, para Althusser, el marxismo es, ante todo, ciencia de la *historia* de las formaciones sociales, que dicho autor ha declarado enfáticamente que toda estructura debe ser pensada en términos de proceso; que incluso la llamada "instancia determinante" (la economía) adopta, según el althusserismo, formas históricas variables en los diferentes modos de producción; en fin, que problemas como los del tipo histórico, la construcción del acontecimiento y la periodización han estado siempre en el centro de las preocupaciones teóricas de la escuela althusseriana.

Sin embargo, y aun aceptando el hecho de que efectivamente esas tesis y esos problemas han sido planteados por dicha escuela, no nos parece que, en tanto objeciones, vayan realmente al fondo de la cuestión. Veamos por qué.

En nuestra opinión, la lógica immanente al enfoque althusseriano —dejando de lado deslizamientos parciales y contradictorios que son el efecto complementario de la inconsecuencia de su marxismo y de su estructuralismo— conduce *necesariamente* al planteamiento de posiciones deshistorizantes. Tales posiciones, a la manera de un síntoma, aparecen a veces en la superficie misma del discurso althusseriano. Ante todo, en los escritos del propio Althusser, quien, sucesivamente, "descubre" que, primero la filosofía, luego la ideología, "no tienen historia".<sup>12</sup> Y aunque para Althusser

<sup>12</sup> Véase al respecto Althusser, 3; *passim* y Althusser, 4, 98-101.

una disciplina como la historia de las ciencias es posible y necesaria, se buscará vanamente en sus escritos criterio alguno para elaborarla: la Ciencia, en efecto, no es una superestructura, ni tampoco puede ser situada en la "base". ¿Cómo entonces concebir la historia de una realidad atópica, en el interior de una problemática que, según vimos antes, hace del punto de vista tópico su principio fundamental?

No menos sintomáticamente, los escritos de los más connotados discípulos de Althusser tienden, casi diríamos sin proponérselo, a situarse en la misma línea. En primer lugar, Balibar, quien al precio de algunas distorsiones procura dar cuenta de los diferentes modos de producción, reales o posibles, a partir del juego "combinatorio" de los elementos invariables, es decir, transhistóricos, del proceso de trabajo (Balibar: 234 y 246-247). Deshistorización, pues, en este caso, no ya de formaciones "superestructurales" como son la filosofía y la ideología, sino de la "base económica" misma. Por último, y para que tampoco la política escape a la ahistoricidad que inflexiona indeleblemente a la problemática althusseriana, Poulantzas —según vimos— completa el cierre del sistema teórico definiendo a las "instancias" económica, ideológica y *también política* como "lugares formales asignados a toda estructura social posible".

Así entonces, despojados de su inherencia histórica, las estructuras, los "niveles", el modo de producción, con sus "leyes que se cumplen con una férrea necesidad", son planteados como principios de inteligibilidad, si no de realidad, de las coyunturas y en general de la historia concreta. Es por tanto lógico que esta última acabe por diluirse en el entramado de más en más complejo de las determinaciones estructurales. Y no menos lógico resulta el hecho de que, si el althusserismo ha inspirado múltiples análisis y ensayos sobre formas de producción, sistemas económicos, estructuras políticas e incluso sistemas y formaciones ideológicas, no pueda en cambio hablarse, salvo contadísimas y discutibles excepciones, de una historiografía althusseriana.<sup>13</sup>

Los atolladeros en que desemboca el althusserismo desde el momento en que se enfrenta al problema de incorporar a la coyuntura en su horizonte problemático tienen su origen en dos supuestos básicos:

1) Una lógica, que es también a menudo una ontología, de la separación y la exterioridad, lógica y ontológica que rigen tanto en el plano de la conceptualización del todo social (pensado como combinación de instancias positivamente diferentes y empíricamente recortables) cuanto en el de la relación estructura-coyuntura (concebida como relación causal de exterioridad entre objetos también diferentes).

2) Una voluntad de reducción positivista de lo indeterminado a lo determinado o, para retomar los términos del comienzo, de lo relativamente contingente a lo absolutamente necesario. Naturalmente, las propiedades atribuidas al dominio llamado de las estructuras (Poulantzas) tanto como el funcionamiento teórico del concepto de "causalidad estructural" offician de garantes para esa reducción.

<sup>13</sup> En efecto, una cosa es leer, como hace Poulantzas, *El 18 Brumario* en clave althusseriana y otra, muy distinta, es efectuar un análisis histórico-coyuntural como el que realiza Marx en esa obra sobre la base de las categorías y tesis del althusserismo.

explicar esa huidiza contemporaneidad, al mismo tiempo subyugante y oscura, que el marxismo se ha propuesto comprender y transformar. Problema, en suma, de los objetivos de nuestra política, obstinadamente complicado por la desconcertante política de nuestros objetos de estudio.

Cabe aquí recordar aquella ironía de Marx acerca de que la historia no siempre, o mejor casi nunca, se desarrolla "académicamente". ¿No obedecerá ello al hecho de que nuestra "academia" y su discurso establecido, adolece de deficiencias que ya no es posible calificar piadosamente de lagunas? Algunos sociólogos, frente a los desarrollos imprevistos de ciertos procesos históricos en nuestro continente, recurren al expediente de afirmar que las sociedades latinoamericanas son "opacas" —en todo caso, más opacas que las europeas. Respuesta demasiado cómoda: ciertamente ninguna sociedad es transparente, pero tampoco ninguna se empeña en esconderse. Sólo parece invisible o borrosa cuando se le observa con lentes inadecuados. No hay que atribuir la responsabilidad de ello a los objetos de nuestra incompreensión, sino ante todo a esta incompreensión misma.

Para el marxismo —muchos lo han dicho— las transformaciones sociales y políticas más profundas han llevado el sello paradójico de una regular excepcionalidad.<sup>1</sup> No sólo la teoría fue incapaz de preverlas, sino que también incurrió en el dañino error de "preverlas" allí precisamente donde no ocurrieron. De discurso interrogador del devenir histórico, el marxismo se ha ido convirtiendo tendencialmente en una prolífica fuente de hipótesis *ad hoc* y de explicaciones *post festum*, más frágiles a menudo que la teoría que pretendían salvar. La inaprehensibilidad del presente socavaba una y otra vez las evidencias adquiridas y, consecuentemente, los instrumentos teóricos con los que se había llegado a ellas. Así pues, la historia real ha funcionado de hecho como cuestionadora, más que como objeto, de la teoría.

Dicho esto, no es novedad que la expresión "teoría marxista" designe una realidad compleja y plural: en una palabra, hay muchos marxismos y esa variedad incluye excepciones fecundas, verdaderas transgresiones teóricas y líneas de apertura, con respecto a las cuales los nombres de A. Labriola, Rosa Luxemburgo, Gramsci, Mariátegui y otros más actuales, marcan los jalones de una historia teórica tan poco "académica" como la historia *tout court* de que hablaba Marx.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> "[...] al fin de cuentas —escribe Althusser— ¿no estamos siempre en la excepción? Excepción fue el fracaso alemán del 49; excepción, el fracaso parisino del 71; excepción, el fracaso socialdemócrata alemán de comienzos del siglo XX, y aun la traición chauvinista del 14; excepción, el éxito del 17 [...] Excepciones, ¿pero en relación a qué? si no es en relación con una cierta idea abstracta, pero cómoda, tranquilizante, de un esquema 'dialéctico' purificado, simple [...]" (Althusser, 1:85).

<sup>2</sup> Contra una cierta idea, enunciada a veces con sentido crítico y otras con sentido positivo, de la ortodoxia marxista como sistema cerrado e impermeable a toda "contaminación", es tiempo ya de reivindicar el hecho de que ese pretendido marxismo "puro" no ha existido nunca. El marxismo ha sido siempre impuro y ha mantenido permanentemente una relación, a veces muy estrecha, con las formaciones teóricas y culturales más diversas: recibió la influencia, en distintas épocas y latitudes, de la filosofía kantiana (austro-marxismo), del positivismo lógico y científico-natural, del estructuralismo (Althusser), del existencialismo, del funcionalismo, de los teóricos de lo nacional-popular, de la cibernética, del psicoanálisis, etc. El problema, creemos, no consiste en recordar, para aprobarlo o repudiarlo, un supuesto paradigma marxista autónomo y sin mácula, sino en evaluar los efectos, teórica y políticamente muy diversos, de esas formas diferenciales de articulación del marxismo con la cultura de su tiempo.

Retomemos los dos párrafos de Marx transcritos al comienzo. Sin duda dichos textos tienen varios puntos comunes: su alcance referencial, su alusión a procesos sociales, su pretensión de decir la realidad (y no por ejemplo, de condenarla o aprobarla). Pero estas similitudes no son más que un telón de fondo para poner de relieve sus profundas diferencias. En efecto, el párrafo extraído de *El Capital* remite a un tipo de discurso teórico-abstracto general en su alcance y condicional en su forma lógica; el de *El 18 Brumario*, en cambio, remite a un tipo de discurso concreto y asertórico, referido a singularidades históricas.<sup>3</sup>

Por supuesto, el problema no consiste en el hecho de que se trate de dos estilos discursivos diferentes, ni incluso de dos tipos diferentes de análisis, propios ambos de la "literatura" marxista. Consiste en que, al tiempo que se supone que existen relaciones racionales entre uno y otro tipo de discurso o de análisis, se sabe también que estamos aún muy lejos de haberlas encontrado. Si convenimos en llamar "estructural" al tipo de análisis que ilustra el primero de los textos citados, y "coyuntural" al que ilustra el segundo, podemos resumir la dificultad diciendo que ella reside en la carencia de conceptos y tesis "mediadores" entre la generalidad de las estructuras y la singularidad de las coyunturas históricas. Tal es en nuestra opinión el "hueso" que la teoría marxista, y no sólo ella, ha sido aún incapaz de romper.

Cabría aquí preguntarse por qué sostenemos que se trata efectivamente de un problema y, además, de un problema cuya solución ni siquiera entreveremos. Pregunta legítima, al menos por dos razones: en primer lugar, porque hay importantes escuelas teóricas que niegan lisa y llanamente la existencia de problema alguno de ese tipo o bien que lo declaran *a priori* carente de sentido; en segundo lugar, porque en el otro extremo, no faltan tentativas serias, y en ciertos casos muy elaboradas, de darle una solución. La primera opción es la representada, entre otros, por el estructuralismo de C. Lévi-Strauss; la segunda, la adoptada por ciertas corrientes relativamente actuales del pensamiento marxista. En lo que sigue haremos un rápido examen de ambas alternativas.

## I. EL ESTRUCTURALISMO O EL EXILIO DE LA HISTORIA

"[...] Las ciencias sociales y humanas tienen también sus relaciones de incertidumbre, por ejemplo, entre estructura y proceso: no se puede percibir el uno sino ignorando el otro, y a la inversa, lo cual, sea dicho de paso, proporciona un modo cómodo de explicar la complementariedad entre historia y etnología". (Lévi-Strauss, 1:287).

<sup>3</sup> De allí la abundancia, en el texto de *El 18 Brumario* de lo que los lingüistas y semiólogos denominan "operadores de identificación con referencia única" (por ejemplo: "Francia", "París", "la Asamblea Nacional" y, también, "el 4 de mayo de 1848", etc. Por el contrario, en *El Capital* la frecuencia con que aparecen tales operadores es mucho menor, salvo, precisamente, en aquellos párrafos o capítulos en que Marx ilustra con ejemplos históricos sus análisis teóricos. Sea dicho de paso, el breve inventario que hacemos en el texto de las diferencias entre uno y otro párrafo está muy lejos de agotarlas. Hay en efecto otras, quizás tan significativas como las mencionadas (para citar sólo una, digamos que, mientras que el párrafo de *El Capital* se atiene a un nivel isotópico único (la "economía"), el de *El 18 Brumario* pone en juego isotopías diversas: sociológicas, políticas, ideológicas, etcétera).



Esos dos principios acarrear consecuencias decisivas:

a) En primer lugar, hipostasian, en términos de estructuras formales suprahistóricas. Determinaciones que, lejos de valer *urbis et orbi*, son propias de una formación histórico-social específica: *el capitalismo*. Volveremos más abajo sobre esta afirmación que, así formulada, puede parecer un tanto abrupta.

b) En segundo lugar, conducen necesariamente a un planteamiento y, por tanto, a una solución predeterminada, y en nuestra opinión, y en pertinente del problema de la relación entre lo estructural y lo coyuntural. También este punto será retomado en lo que sigue.

Antes, sin embargo, de desarrollar estas afirmaciones y suponiendo, a título de simple hipótesis, que sean correctas, enunciemos, a modo de contrapunto y por lo mismo de manera esquemática, las proposiciones básicas que, en oposición al althusserismo, nos parecen aptas para abordar y resolver, siquiera sea en términos programáticos, el problema planteado.

Así pues:

1) Al punto de vista "tópico" y, por consiguiente, a la ontológica de la separación y la exterioridad (entre "instancias" preconstruidas y entre estructuras y coyuntura) contraponemos un punto de vista exactamente opuesto. Afirmaremos, con otras palabras, no que la topología de las instancias y las estructuras "separadas" da cuenta de las formas concretas de lo histórico-social, sino al contrario que lo histórico-social (concebido como sede de conflictividades, de contradicciones y de luchas sociales al mismo tiempo económicas, políticas, culturales, etc.) da cuenta de las formas variables que asume, históricamente, dicha topología. Más simplemente, es el proceso histórico quien instituye (y permite comprender) los modos diferenciales de ordenamiento social y no al revés.

2) Así mismo, a la reducción-neutralización forzada, y por tanto falaz, de lo no necesario o indeterminado oponemos, no la fácil reivindicación de un azar y una arbitrariedad históricos absolutos, sino la necesidad teórica de hacerse cargo del margen relativo, pero también irreductible, de contingencia que afecta a todo proceso, a toda coyuntura, e incluso a toda "estructura" histórica.

Dicho esto, creemos que la mejor manera de justificar estos puntos de partida consiste en desarrollar sus principales implicaciones, tanto positivas como críticas.

Con respecto a (1), comenzaremos diciendo que, consecuentemente asumida, la tesis allí expuesta supone liberar al marxismo de las "garantías" aparentes y de los obstáculos reales que acarrear consigo, como dice bien Oscar Terán, "[...] esas arquitectónicas (forma-contenido, economía-superestructura, estado-sociedad civil) que reinstauran toda una letanía de efectos dualistas" (Terán: 17). El hecho de que la figura, metafórica o no, del edificio con sus dos o tres pisos aparezca sistemáticamente en la obra de Marx y haya sido sancionada históricamente como una de las verdades primeras de la teoría marxista tiene que ser, por supuesto, materia de reflexión. Ello, sin embargo, no debe llevar a desconocer la caducidad teórica de esas dicotomías, la imposibilidad de hacer inteligibles, en base a ellas, a los procesos históricos concretos cualesquiera fueren, dicho sea de paso— tomando en cuenta las con-

secuencias que ello tenga respecto del estatuto epistemológico del propio marxismo.

Con respecto, sin embargo, a esta última acotación cabe señalar —muchos ya lo han hecho— que hay también de qué alimentar, en Marx mismo, una perspectiva crítica respecto de esas figuras arquitecturales y en general de toda ontología de la separación. Sin ir más lejos, ya que lo hemos citado al comienzo de este trabajo, evocemos ese admirable análisis de coyuntura que es *El 18 Brumario*; recordemos, en particular, en qué términos plantea Marx las premisas teóricas que serán el fundamento explicativo de esa coyuntura: "yo muestro —dice Marx— cómo la lucha de clases creó las condiciones para que un personaje mediocre y grotesco pudiera jugar el papel de un héroe". Sin duda, este breve pero decisivo enunciado puede ser leído en clave economicista, con lo cual nuevamente quedaría a salvo la topología de las instancias y sus corolarios teóricos.<sup>14</sup> Pero la más somera lectura del libro basta para despejar toda duda y excluir dicha interpretación; en primer lugar, esa "lucha de clases" a que se refiere Marx se desarrolla simultánea e indisolublemente en todas partes: en la calle y en los salones; en el mundo del trabajo y en el de los poderes estatales; en los mítines, en la prensa, en la Asamblea, en el Ejército y en los partidos; en una economía que es también política, en una política que es también ideología, y, en fin, entre las clases, las fracciones, las categorías y los grupos sociales más diversos. En segundo lugar, es suficiente, para reforzar lo anterior, con tener presente cómo define Marx en ese ensayo a las clases sociales: no como meros soportes de relaciones económicas, sino como conjuntos sociales caracterizados por determinaciones que son a la vez económicas, políticas y culturales (Marx; 2:177). De más está decir que no nos interesa decidir aquí si la de *El 18 Brumario* es la "buena" definición de las clases sociales; tampoco nos interesa discutir en este momento si todas las formas históricas de conflictividad del pasado y del presente son reductibles a la lucha de clases (incluso en el sentido amplio en que emplea Marx esa expresión).

Nos interesan, en cambio, las nítidas líneas de apertura que plantea Marx en su análisis y en las premisas de ese análisis; su claro rechazo, más allá de alguna fórmula esquemática, a pensar la complejidad de las coyunturas en base a la bella simplicidad de cualquier tópica.

¡Hemos de concluir, por ello, que esta última —la tópica— es un mero fantasma teórico o filosófico, una suerte de objeto alucinatorio que sólo sobrevive para ilustrar los lazos que atan a Marx a las formas ideológicas burguesas o decimonónicas? A decir verdad, no es difícil sucumbir a la tentación de responder afirmativamente a esta pregunta. Pensamos, sin embargo, que tal respuesta dejaría escapar algo esencial.

Afirmar, en efecto, la primacía teórica y metodológica de lo social, entendido éste como lugar de procesamiento de contradicciones y conflictividades no equivale a diluir la especificidad histórica y la diversidad real (en el sentido de históricamente instituida) de procesos, instituciones, prácticas, formas de la división de la producción y en general del trabajo propias de cada tipo de sociedad. Que esas formas de ordenamiento social "cristalizadas", y por ello relativamente permanentes, asumen modalidades y contenidos variables es indudable (y eso basta para rechazar toda pretensión de elevar una de ellas —concretamente la que asume el capitalismo— al rango de mo-

<sup>14</sup> Con respecto a esa lectura economicista posible, corresponde acordar la primera palma a Federico Engels. Véase sobre este punto, su Prólogo a la 3a. edición alemana de *El 18 Brumario* (1885).

delo global suprahistórico). Ello, sin embargo, no autoriza a desconocer la existencia y la permanencia real, aunque también contradictoria, de esos ordenamientos, independientemente incluso de la manera en que se los individualice (formaciones económico-sociales, modos simples o complejos de producción, sociedades, etcétera).

Ahora bien, ocurre que el principio específico o, si se prefiere, la morfología particular asumida, en una época determinada, por el orden social puede asentarse sobre la base de la instauración, históricamente producida y reproducida, de una separación relativa, pero real, de subsistemas, niveles o "instancias" analíticamente diferenciables y, además, sobre la base de la promoción de una de esas "instancias" (p. ej., la "economía") al papel de fundamento último de dicho ordenamiento social. Esto se vio, quizás con demasiada claridad, con el advenimiento del capitalismo; en efecto, el capitalismo, al cabo de procesos y de luchas demasiado complejas para explicarlas como mero producto de una legalidad económica autosustentada, se constituyó en base a la separación de una economía, una política, una cultura como "regiones" material e institucionalmente distintas y, al mismo tiempo, en base a la primacía "estructural" de la producción material y la lógica de la ganancia como pivotes del funcionamiento social.<sup>15</sup>

Preciso es reiterar, sin embargo, que estamos hablando, no de una separación ontológica y, por lo mismo, transhistórica, sino de una separación *instituida*, inducida diríamos, sobre el fondo de la insoluble unidad de todos esos aspectos. Se trata, en suma, de una separación *impuesta* y, en esa medida, *no necesaria*. Prueba de ello es su constante y siempre posible cuestionamiento, no sólo por parte de las clases y grupos sociales subordinados, sino también, cuando las circunstancias históricas lo requieren (por ejemplo, en una situación de crisis), por las clases dominantes mismas.

En tal sentido, y en la medida en que dicha separación adquiere características de estabilidad institucional, desempeña naturalmente un papel de elemento explicativo *parcial* de las diferentes coyunturas. Es desde esta perspectiva que la concepción de lo estructural como fijación de límites puede ser recuperada. Pero ello será posible siempre que en primer lugar, no se entienda a esos límites como absolutos y en segundo lugar, que tampoco se clausure el espacio de determinación (que de este modo queda abierto) multiplicando los eslabones de la "causalidad estructural" hasta reducir a cero la autonomía o, para decirlo sin rodeos, la contingencia relativa de lo coyuntural.

En fin, eliminada, como supuesto teórico, la ontología de las instancias y la lógica de la separación entre estructura y coyuntura, el problema de las "mediaciones" adquiere un sentido y un alcance muy distintos del que tradicionalmente poseía. Al respecto, vale la pena citar aquí a Raymond Williams, quien, en términos simples pero también profundos, ha planteado con insuperable claridad el meollo de la dificultad:

"[...] es virtualmente imposible sostener la metáfora de la 'mediación' [...] sin algún sentido de áreas y órdenes de la realidad separados o preexistentes entre los

<sup>15</sup> Cosa que no ha ocurrido, por ejemplo, con el feudalismo ni con muchas otras formas históricas de organización social. De ahí las curiosas dificultades que plantea a los teóricos althusserianos concebir al modo de producción "feudal" en base a las categorías de la tópica de las tres instancias. Cf. Balibar: 241-242.

cuales tiene lugar el proceso mediador de un modo tanto independiente como determinado por sus naturalezas precedentes" (Williams: 119).

Lo que significa - y el propio Williams lo señala, citando a T. W. Adorno - que si la problemática de las "mediaciones" es rescatable, lo es sólo a condición de que se la entienda, no como intermediación entre objetos predefinidos como exteriores, sino como un proceso "intrínseco respecto de las propiedades que manifiestan los tipos asociados" (Williams: 119).

¿Conlleva esta postura una revisión radical de los planteamientos fundadores del pensamiento marxista? Sí, por un lado, puesto que cuestiona en su base misma una larga tradición teórica cuyo origen, mal que nos pese, se remonta hasta el propio Marx. No, por otra parte, puesto que también es posible hallar, tanto en Marx mismo como en algunos de sus más eminentes continuadores, aportes que refuerzan dicho cuestionamiento y que dibujan los contornos de esa historia silenciosa y marginal del marxismo, cuya censura estamos hoy, laboriosamente, tratando de levantar.

"[...] resulta irónico recordar que la fuerza de la crítica originaria de Marx se hubiera dirigido principalmente contra la *separación* de las 'áreas' de pensamiento y de actividad (como en la separación de conciencia y producción material) y contra la evacuación consiguiente del contenido específico - las verdaderas actividades humanas - por la imposición de categorías abstractas. Por lo tanto, la abstracción habitual de 'la base' y 'la superestructura' es la persistencia radical de los modos de pensamiento que él atacaba. Es cierto, no obstante, que en el curso de otras exposiciones dio alguna justificación de ello relacionándolo con las dificultades que presenta toda formulación de este tipo. Sin embargo, resulta significativo que cuando Marx llegaba a cualquier tipo de análisis probado o tomaba conciencia de la necesidad de un análisis de este tipo, se manifestaba a la vez específico y flexible en la utilización de su propio términos" (Williams: 97).

Casi diríamos que este trabajo no ha sido otra cosa que una glosa, quizás demasiado extensa, de este párrafo. Todo está allí, en efecto: el énfasis sobre la dimensión crítica del pensamiento marxiano respecto de la separación de "áreas" en la concepción del todo social; la recurrencia, no obstante ello, de fórmulas en la obra de Marx que parecen justificar o que dan por sentada tal separación; y, finalmente, el hecho de que en sus análisis concretos, e incluso en la reflexión acerca de esos análisis, Marx diera muestras de una flexibilidad y de una sensibilidad a lo específico del todo incompatibles con el espíritu de escisión y con el reduccionismo que se le atribuye.

Esta referencia a los análisis concretos de Marx nos retrotrae al comienzo de nuestro trabajo. *El 18 Brumario*, en efecto, no es otra cosa que uno de esos análisis concretos. En el planteamiento que allí hicimos, la distancia que separaba los enunciados generales, abstractos y condicionales de *El Capital* de los enunciados singulares, concretos, asertóricos e históricamente acotados de *El 18 Brumario* delimitaba, para nosotros, el lugar de una ausencia. Algo, por así decir, "faltaba" allí para hacer inteligible la relación entre unos y otros.

Estamos ahora en condiciones de afirmar que si efectivamente algo faltaba (una teorización sobre el estado capitalista y sobre la ideología, imbricadas en el análisis



económico, por ejemplo), esa "falta" no puede pensarse bajo la forma de "mediaciones" ausentes entre objetos separados. "La mediación se halla en el propio objeto —escribe Adorno—, no es algo que se halle entre el objeto y en lo que éste da" (Williams: 119). Si ello es así, también la relación entre lo abstracto y lo concreto, lo general y lo particular, las determinaciones estructurales y sus actualizaciones singulares, debe ser pensada como interna al objeto. Pero pensarla de este modo, obliga a hacerse cargo de la inherencia histórica de ese objeto, tanto como de las categorías bajo las cuales lo incluimos. En esa medida, esta inherencia, lejos de designar "lugares" o "instancias" de una entidad abstracta (las estructuras "articuladas") cuyas leyes inamovibles, porque no históricas, delimitarían el horizonte absoluto de toda inteligibilidad de lo histórico, asumirían su papel teórico más acotado pero también más pertinente: el de referir a dimensiones analíticas históricamente determinadas y, por lo tanto, provisionales, y el de funcionar como instrumentos perfectibles de esa "caja de herramientas" que, como dice con acierto Terán, retomando la célebre fórmula de Wittgenstein, es hoy por hoy la manera más ajustada y cognoscitivamente rentable de concebir al marxismo.

No otra cosa, por lo demás, afirmaba Antonio Gramsci cuando expresaba su profunda desconfianza con respecto a las dicotomías hipostasiadas de la "base" y la "superestructura" o de la "sociedad civil" y el "estado" y repudiaba el intento de convertir en divisiones orgánicas lo que no eran otra cosa que distinciones "metódicas". Así pues, ese enfoque flexible, sensibilizado respecto de lo histórico concreto, renuente al dogmatismo generalizante de los "principios" tanto como a la congelación abstracta de los conceptos; ese enfoque, decimos, que los más lúcidos y eminentes pensadores marxistas supieron rescatar y reivindicar en Marx, dejó también su herencia. Depende de nuestro esfuerzo crítico y positivo el que esa herencia fructifique.

## BIBLIOGRAFÍA

### Althusser, L.:

1. *La revolución teórica de Marx*, México, ed. Siglo XXI, 1969.
2. *Para leer El Capital* (coautor: E. Balibar). México, ed. Siglo XXI, 1969.
3. *Réponse a John Lewis*, París, ed. F. Maspero, 1971.
4. *Positions*, París, Editions Sociales, 1976.

**Balibar, E.:** *Para leer El Capital* (coautor: L. Althusser), México, ed. Siglo XXI, 1969.  
**Castells, M. y de Ipola, E.:** *Metodología y epistemología de las ciencias sociales*, Madrid, ed. Ayuso, 1975.

### Levi-Strauss, C.:

1. *Antropología estructural (mito-sociedad-humanidades)*, México, ed. Siglo XXI, 1975.
2. *El pensamiento salvaje*, México, ed. F. C. E., 1964.
3. *Le cru et le cuit*, París, ed. Plon, 1964.
4. *Du miel aux vendres*, París, ed. Plon, 1966.

### Marx, K.:

1. *El Capital*, tomo I, México, ed. Siglo XXI, 1979.
2. *Obras escogidas*, (coautor: F. Engels), Moscú, ed. Progreso.

**Poulantzas, N.:** *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, ed. Siglo XXI, 1969.

**Saussure, F. de:** *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, ed. Losada, 1945.

**Sebag, L.:** *Marxismo y estructuralismo*, México, ed. Siglo XXI, 1976.

**Williams, R.:** *Marxismo y literatura*, Barcelona, ed. Península, 1980.